

Después del centenario de "Clarín"

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Leopoldo Alas es de los pocos escritores del XIX que no han sido totalmente sepultados en el olvido de nuestro tiempo. Sólo «Clarín» y Unamuno asoman sus cabezas entre el hielo de la indiferencia. Quedan, pues, casi olvidados valores como Pardo Bazán, Valera, Alarcón, Palacio Valdés y tantos otros que pasan a ser en la Historia de nuestra Literatura piezas de una arqueología colocadas por riguroso orden cronológico para ser estudiadas en tesis doctorales.

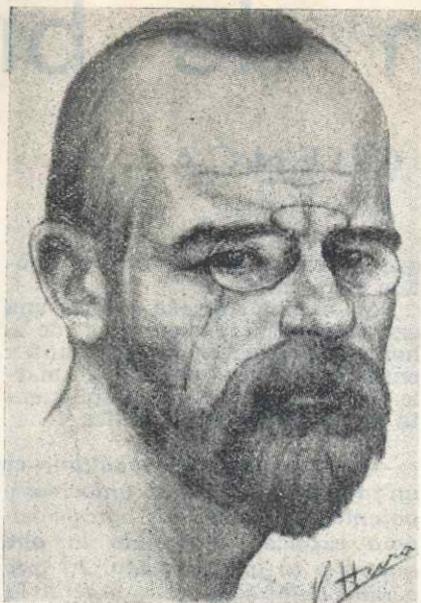
«Clarín» ha sido, como el Padre Feijóo, un escritor que desde su rincón provinciano de Oviedo gobernaba el movimiento literario de España. La pesadilla de un literato al publicar un libro era la crítica de «Clarín», que pesaba mucho más que la de cualquier crítico de la época.

Sobre este punto se ha discutido mucho. Unos aseguran que no arremetía más que contra los noveles; otros intentan probar que por este procedimiento alejó de las letras a más de un joven que prometía. No parece ser cierto. Jóvenes eran entonces Salvador Rueda, Azorín y Unamuno. Estos críticos gratuitos no conocen los juicios que de aquellos tres jóvenes hizo «Clarín» adelantándose a la aprobación de otros críticos eminentes.

Como novelista, La Regenta fue, con Pequeñeces, del Padre Coloma, una de las dos novelas cuya publicación constituyó un verdadero acontecimiento en España; pero un acontecimiento de los que hacen ruido. La tempestad de Pequeñeces pasó ya hace años. El ruido de La Regenta durará todavía como un murmullo... que llega al extranjero. Setenta y nueve años después de ser publicada.

De la religiosidad de «Clarín» se ha hablado también mucho y hay quien quiere probarla y quien no la acepta sin abrirse a las pruebas que se exponen o tomándolas para retorcerlas. Naturalmente, éste fue un hombre que vivió en una época turbia de creencias azotada por tempestades ideológicas más o menos fuertes, que inundaban el ambiente cultural de España.

«Clarín» fue un joven con inquietudes, nervioso, emotivo, entusiasta del modernismo que observaba al asomarse al mundo, pero que vio venir los cincuenta años llenos de reflexiones y comenzó a recoger velas, a meditar hondamente, preocupándose de problemas espirituales que iban defi-



niéndose y acusándose en su obra. Pero llegó la muerte a una edad prematura.

Quedaba en el mundo su obra frente a dos grandes prejuicios que se asociaban para atacar su prestigio. Por un lado aparecían los resultados de su crítica negativa, representados en la gran legión de escritores censurados que aprovechaban su muerte para volcarse sobre su nombre. De otro lado, eran todos los enemigos de la inmarcesible La Regenta los que también atacaban la sombra de «Clarín», declarándola plagio de Flaubert.

Estos problemas fueron planteados antes de su muerte en 1901 de un modo atenuado, que fue creciendo hasta nuestros días, cuando ya no interesa a casi nadie del siglo XIX y se mira a otros ángulos donde está la moderna literatura.

La Regenta no es plagio de Flaubert. pudo tener sus influencias y no habría en ello nada de particular, dada la época en que fue escrita. Ahora bien, La Regenta es la mejor novela de costumbres provincianas escrita en el siglo XIX.

Porque la novela de «Clarín» es obra maestra que tiene muchas pie-

zas relevantes, como lo son todos esos paisajes literarios de un color desvaído, triston, llenos de melancolía asturiana. En las páginas de esta novela está una fidedigna iconografía del paisaje astur, tan delicado y sutil, que tanto se resiste a cejarse capar.

Si nos detenemos a estudiar los personajes de La Regenta, nos encontraremos con un conjunto de tipos bien colocados en su ambiente, movidos con pericia magistral por «Clarín». Un don Fermín de Pas, una Anita Ozores, un Alvaro Mesía, con esos personajes secundarios que son Saturnino Bermúdez, «Frigilís», los marqueses de Vegallana y otros, que aanan por la novela, no son tipos que se puedan colocar en otro lugar que no sea la Veveusta, de Leopoldo Alas.

Don Pompeyo Guimarán es, en La Regenta, un pretexto finísimo para arremeter contra los librepensadores. En Mesía se da tal vez el problema del donjuanismo tan español, y en el caso de Ozores, el asunto se plantea una cuestión muy de la novela de la época.

La Regenta, hoy, es, quizá, demasiado detallista, dada la técnica novelística actual, pero si la dejamos colocada en su época, no admite objeciones de lentitud.

En su faceta de cuentista, muy por encima de las narraciones corias de tantos escritores del XIX, tan bien estudiadas por Baquero Goyanes, «Clarín» hace universal su cuento ¡Adios Cordera! y otros varios que forman la colección de El Señor, y lo demás son cuentos. En una vida literaria de treinta y dos años logró «Clarín» una madurez fácil, que si bien le dió tiempo para pregonar su valía, no le permitió con la prisas de la muerte dejar definaos sus sentimientos religiosos, hondos, que hubieran llegado al misticismo.

El pasado año, fecha del centenario de su nacimiento, esperábamos una revalorización de la obra clariniana por medio de juicios serenos, sin los prejuicios peculiares en que están envueltos los acontecimientos recientes. Pronunciaronse varias conferencias y algunos artículos se publicaron. Entre tanto análisis, hecho por personas que leyeron precipitadamente a «Clarín» o que conocieron entonces La Regenta, la figura del escritor crecía y menguaba como un termómetro loco, unas veces al calor, otras al hielo.

Y ahora que ha pasado todo, el supuesto termómetro queda donde estaba marcando, para unos más y para otros menos grados, sin que oficialmente se sepa nada concreto. No siempre de la discusión sale la luz, y mucho menos de la pasión ciega que mueve el incensario con el mismo empeño que la palmeta.

No pretendemos hacer a «Clarín» un escritor de masas, porque es de minorías; pero si pensamos que al menos los que le comprenden le hagan justicia. Y no es pedir mucho.

Bibliografía del centenario

Ofrecemos una bibliografía como suplemento a la que detallamos en nuestro libro sobre «Clarín», que todavía puede ser ampliada, aunque no con gran número de notas.

ARTICULOS

- Arcadio: «Yo fui el monaguillo en la boda de «Clarín».—Don Rafael Loredo nos habla del célebre escritor». (*Voluntad*. Gijón, 18-VI-52.)
- Cabezas, J. A.: «El Centenario de «Clarín». (*España*. Tángier, 3-III-52.)
- F[raga Torrejón, Eduardo]: «Anotaciones marginales: «Clarín». (*La Nueva España*. Oviedo, 21-II-52.)
- La Llave Alas de (Pedro): «Leopoldo Alas, 1852-1901: En el Centenario de «Clarín». (*Arriba*. Madrid, 25-IV-52.)
- Martínez Cachero, J. M.: «Silencio sobre «Clarín». (*La Nueva España*. Oviedo, 27-IV-52.)
- Obregón de (Antonio): «Cada día: «Clarín». (*En Madrid*, 12-V-52.)
- Robles, Alfredo: ««Clarín» el español universal». (*La Nueva España*. Oviedo, 8-II-52.)

REVISTAS

(Números extraordinarios dedicados a «Clarín».)

- Archivum*, Universidad de Oviedo.
- Asturias*, órgano del Centro Asturiano de Madrid, núm. 13, de abril 1952.
- Insula*, núm. 70, de 15-IV-52.

LIBROS

- Gómez-Santos, Marino: *Leopoldo Alas «Clarín». Ensayo bio-bibliográfico. Prólogo de G. Marañón.*—Imp. «Gráficas Summa». Oviedo, 1952. Editado por I. D. E. A.

CONCURSO LITERARIO

Convocado por el SEU de Oviedo

ACTOS-HOMENAJES

En la Sala de Fiestas del Teatro Filarmónica, Oviedo, 25-IV-52, lectura de cuartillas por Muñoz de Diego, Quirós Isla, Sousa Manjón, Botas, González Posada y Gómez-Santos.

CONFERENCIAS

MADRID

- ATENEOS.—Eugenia Serrano: «Clarín» y nosotros».
- CENTRO ASTURIANO.—J. A. Cabezas: «Clarín», vivo, y Marino Gómez-Santos: «Clarín», maestro y crítico».

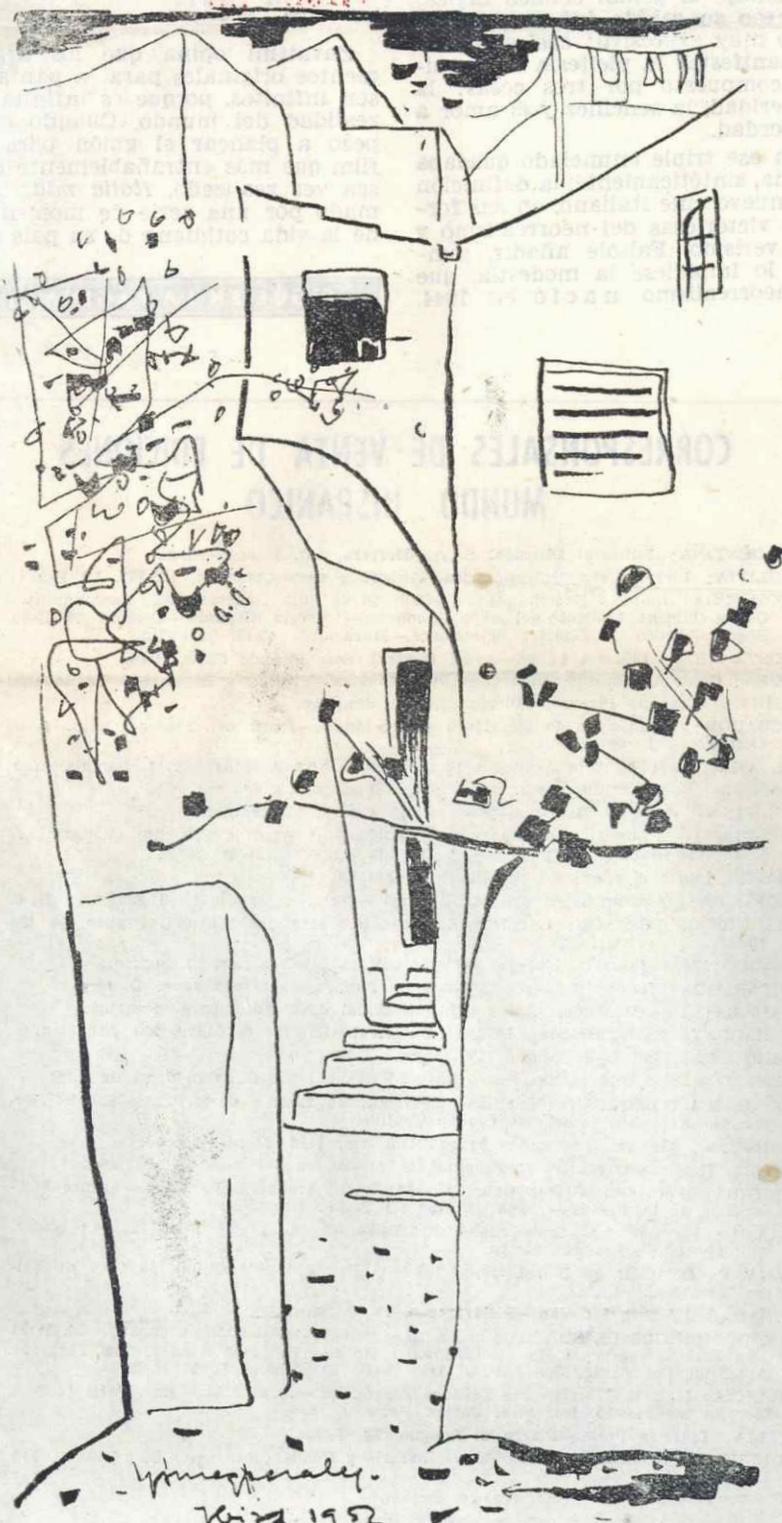
OVIEDO

Universidad Literaria

- Alarcos Llorach, Emilio: «Clarín» y el lenguaje».
- Aparici Díaz, José: «Clarín», profesor universitario».
- Baquero Goyanes, Mariano: «Técnica narrativa de «Clarín»».
- Diez Echarrí, Emiliano: «Clarín», crítico de su tiempo».
- Fernández Miranda, Torcuato: «Actitud ante «Clarín»».
- Montero Díaz, Santiago: «Pensamiento filosófico de «Clarín»».
- Roca Franquesa, José M.ª: «Clarín» novelista».
- Uría Rín, Juan: «El Oviedo de «Clarín»».
- Ynduráin Hernández, Francisco: «Las corrientes literarias en la época de «Clarín»».
- Zalfoña Bancel, José: «Clarín» visto por un alumno».

CORREO LITERARIO

Madrid



Ynduráin
Kiz 1952